

JOSE AGUSTIN GOYTISOLO, PERFILES

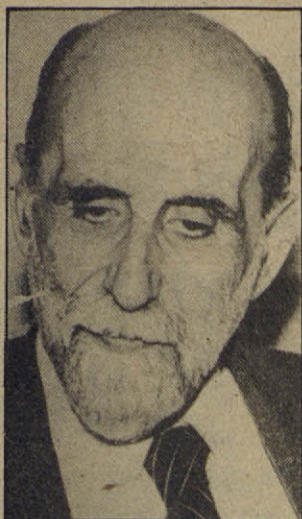
Vuelve Juan Ramón Jiménez

Ha vuelto a sonar su hora, señor Jiménez, en el vaivén de las modas literarias. Usted está siendo releído. Sí, usted, el egocéntrico, el bilioso, pero el inventor de la moderna poesía castellana. Se vuelve a leer al Jiménez-Doctor Jekyll, porque su otra personalidad, la del hombre a veces ruin que arrojaba denuestos y procacidades, el Jiménez-Míster Hyde, murió con usted. Amén.

Ha habido y hay escritores de valía a los que les cuesta mucho trabajo sobresalir, darse a conocer a un buen número de lectores, obtener patente de artista, de creador, sin tener que recurrir al halago que supone seguir los torcidos gustos que suelen imperar en cada época. A otros, por contra, todo parece salirles bien desde el principio, y al poco de publicar ya se les guarda respeto y admiración. ¿Suerte? ¿Habilidad que tienen? ¿Oportunidad de su obra en el momento de ser publicada?

Usted, señor Jiménez, perteneció sin duda a ese segundo grupo, al de los afortunados. Es bien cierto que cuidó muchísimo su propia imagen, mucho más de lo que ningún otro poeta hiciera nunca, desde Quevedo para acá. Usted vivió en poeta desde sus inicios, y esto no era cosa fácil en la España burlona, derrotada y envidiosa de su juventud. Desde *Nirfeas*, título horrible que usted asegura que le propuso Valle-Inclán, y desde el siguiente libro, *Almas de violeta*, bautizado así por Rubén Darío, su desmarque y su encumbramiento fueron rápidos.

Aquellos años de principio de siglo estaban dominados, en literatura, por el llamado *modernismo*, moda que se caracterizaba, en poesía, por su tono musical empalagoso y por un excesivo colorido, exótico las más veces, y también las más veces vacío de contenido. Usted, señor Jiménez, aprovechó de esta moda ciertos elementos de luz y de sonoridad, y lo hizo sabiamente; aún así, muchos años después, volvió a corregir sus primeros libros, a fin de despojar a sus iniciales poemas de recargados ropajes de seda y de púrpura y de excesiva trompetería triun-



Juan Ramón-Míster Hyde murió con la persona. Jiménez-Doctor Jekyll, el poeta, ha vuelto.

fal. Entonces se agarró usted a los simbolistas franceses y a los románticos alemanes y anglosajones, y procedió a filtrarlos y asimilarlos sabiamente, lo que le condujo a desnudar a su poesía de elementos superfluos y a empaparla de aires populares, que buscó en el Romancero y en el Cancionero tradicionales.

Por cien

El resultado fue un éxito. En 1916, ya casado con *Zenobia Camprubí*, la excelente traductora de Rabindranath Tagore, había usted multiplicado por cien el prestigio de que gozaba en su adolescencia, cuando, convaleciente de una tuberculosis, escribía sus primeros poemas en el sanatorio francés de Le Bouscat o en el Guadarrama. Sus años de retiro y corrección, pasados luego en su Moguer natal, habían sido bien aprovechados.

Pero ya le tenemos en Madrid, de regreso de su viaje de novios por los Estados Unidos. Es usted un poeta consagrado, una

autoridad a la que se respeta y a la que se teme. Sí, era usted muy temido: los jóvenes poetas de aquellos años, que después iban a ser conocidos como la Generación de 1927 o del Homenaje de Góngora, que le admiraban, procuraban hacerlo desde lejos, pues usted les fustigaba de un modo inmisericorde. Y eran gente extraordinaria: *Vicente Aleixandre*, *Luis Cernuda*, *Jorge Guillén*, *Dámaso Alonso*, *Gerardo Diego* o *Rafael Alberti*, recibieron palos y puyazos que no se merecían. *Lorca* y *Salinas*, a saber por qué, salieron siempre mejor parados.

Es curioso: nadie se metía directamente con usted, y usted, dale que dale, metiendo cizaña en círculos literarios, tertulias y revistas. Incluso poetas de su edad, como *Machado* y *Unamuno*, recibieron su ración de palo duro. No creo que esta agresividad tenga algo que ver con su alejamiento de todo tipo de sentimentalismo en poesía, operado en su obra cada vez con mayor rigor. Porque usted revisó toda su poesía anterior a su *Segunda antología poética*, afiló su arte, llegó a ser un descarnado narrador de emociones y también un paisajista, un enamorado de campos, jardines y parameras.

Pero su poesía, que a partir de esos momentos me parece admirable, tiene un matiz que desagrada. Me refiero a su falta de objetividad, a esa especie de enfermizo egocentrismo que hace aparecer su *yo, yo*, en todos sus poemas, repitiéndose de un modo obsesivo. Entre usted y el mundo parece no existir nada intermedio, semeja que no existan los demás hombres, sobre todo si eran escritores como usted. Creyó estar muy arriba, y era verdad, y creyó ser un gran poeta, cosa tam-

bién cierta. Todos le admiraban, pese a su carácter endiabrado. Usted era un apasionado de la estética, pero olvidó el aspecto ético en demasiadas ocasiones.

La guerra civil española le sacó de Madrid, en donde llevaba ya veinte años trabajando y vigilando el gallinero literario. San Juan de Puerto Rico, La Habana, Miami, Washington y otra vez San Juan, en donde se lo lleva la muerte, en 1958. Dos años antes se había usted calzado el premio Nobel, pero hubiese sido mejor que este galardón no hubiese tardado tanto, para dar reposo a su espíritu intranquilo y agresivo, que ni el exilio pudo sossegar. De sus últimos años deben destacarse dos libros fundamentales: *La estación total* y *Animal de fondo*, sin duda los mejores de su amplísima obra en verso. En prosa, con decir que usted introdujo en España la prosa lírica o el poema en prosa, sobran palabras. ¿Quién no conoce *Platero y yo*? Como crítico, aunque injusto, se le recuerda y recordará por sus *Espanoles de tres mundos* y sus libros póstumos *La corriente infinita*, *El trabajo gustoso* y *El modernismo*.

Candelero

Pasados ya los tiempos del resquemor de muchos de los escritores vapuleados por usted, que como venganza hicieron derivar la admiración de los jóvenes hacia la obra de un buenísimo poeta, pero no un gran poeta como usted, llamado Antonio Machado, creo que ha vuelto a sonar su hora en el vaivén de las modas literarias. Usted está siendo releído, y lo será más cada día que pase. Sí, usted, el egocéntrico, el bilioso, el inventor de la moderna poesía castellana, va a volver a estar en candelero.

Quédese, pues, tranquilo en su tumba, nadie le hace sombra y nadie le va a discutir su magisterio: se acabó la cuestión. Y va a ser mejor así, pues su poesía es y fue siempre mejor que su persona, que su vestidura humana rabiosa, de monje herético mirando a su alrededor con ojos de ave de presa.

Cernuda, uno de los poetas a los que usted trató más injustamente, escribió que en usted convivían dos personalidades: la del poeta conocido y admirado, a la que se podría llamar *Jiménez-Doctor Jekyll*, y la del hombre en ocasiones ruin, que arrojaba procacidades y denuestos a diestro y siniestro, a la que se debiera bautizar como *Jiménez-Míster Hyde*. Esta última es la que murió con usted. Amén.